

Aprendiz

El autobús de los martes

En esta tarde fría con lluvia, me pongo mis botas que llegan hasta las rodillas junto con los calcetines que me cubrieron de esta noche helada. Bajo rápido a taparme con un chaquetón de cuello a cintura. Con una sonrisa de oreja a oreja abro el paraguas. Bajo la cabeza para mirar el reloj y como cada martes salgo apresurada a la parada de autobús. Piso ese charco tan desagradable, pero no me importa sigo hacia delante. Al llegar a la parada con las botas manchadas de barro y casi sin aliento me siento a esperar al autobús, tras la espera subo con mi bonobús con la duda de si tengo el saldo necesario. Ya puedo soltar ese suspiro colgado en mi corazón. Rebusco en mi bolso para coger mi poemario, quiero saber el poema que voy a leer hoy. Ya escogido, soy consciente de que el autobús está en una parada y me pregunto: ¿soy la única que estoy en este autobús todos los martes a las seis? Con ese silencio que congela el transporte en completo me abrazo a mi misma para calentarme, el abrigo no me vale. Mirando a los lados me doy cuenta que las personas allí tienen su móvil o cascos conectados, mientras mi móvil está en mi bolso sin batería. Llegó el momento de bajar del autobús, con prisa meto el poemario en el bolso sin olvidarme de poner un post-it en el poema de este martes. Me bajo corriendo. Cuando consigo llegar a Plaza de Armas me tocan los insoportables semáforos rojos de un minuto. Salgo corriendo esta vez cuidándome de algún charco; en un total de cinco minutos ya estoy en la calle San Eloy. No logro comprender que tiene esta calle que siempre me transmite tranquilidad. Cuando consigo llegar a la calle Orfila mi cuerpo deja de existir, mis pensamientos buenos y malos se van, no tengo tiempo para ellos, sólo soy sentimientos. Me dirijo a la reunión de poetas. Cuando llego mis compañeros conversan entres risas y amores y yo me voy a la esquina del fondo y comienzo a leer mi poema. Allí, en una sala donde se derrama poesía me toca leer. Desnudo mis sentimientos en versos, después vuelvo a mi sitio. Cuando llega el momento de despedirse me lleno de abrazos, besos y “hasta el martes”. Salgo de la reunión renovada hacia Plaza de Armas de nuevo, cuando paso la

calle Orfila ya vuelve mi cuerpo. Comienza la lluvia y la hora de sacar mi paraguas. Ahora espero feliz ese minuto de semáforo, me siento bien. Llego a la parada de autobús justo a la hora que le toca salir, ningún pensamiento me roba mi sonrisa. A mis diecisiete años, ¿qué haría yo sin mi autobús a la seis de los martes?